

nes con que contaba; bajo el peso de tamaña situación, él, presidente, potentado, *rey* sin corona, sintió despertarse en sí toda su adormida naturaleza de guerrillero y se puso á revolver en su pensamiento las más desesperadas resoluciones. . . . Puso en movimiento el ejército como si se tratase de defender la ciudad contra otro ejército sitiador, paseó cañones y baterías enteras por las calles principales de México, soltó contra la oposición parlamentaria la vieja trahilla de las amenazas, las promesas y las chicanas. Había muchos diputados que eran suplentes de militares en servicio. Esos militares eran llamados por Manuel Gonzalez *filetes*, nombre sacado de una pieza del freno del caballo mexicano destinada á hacerle sentir vigorosamente en su quijada inferior la tracción de la brida para hacerle detener ó regular. Los *filetes*, sumisos siempre al Ejecutivo por su carácter militar, hacían sobre los diputados suplentes un oficio semejante al de aquella parte del freno. De ellos se servía el Gobierno para domar á sus suplentes rebeldes á la consigna amenazando á estos con llamar á aquellos á su curul en propiedad, en el momento que vacilase la virtud servil de los

primeros. . . . Ante el engrosamiento sorprendente de las filas de la minoría, Manuel Gonzalez exclamó: "¡vengan filetes! ¡que me traigan filetes!" y diputados militares empezaron á llegar, de las poblaciones de los Estados donde estaban de guarnición á la capital y á la Cámara en que entraban á ocupar los puestos forzosamente abandonados por los suplentes rebeldes. . . . Luego, ante el motin escolar que aumentaba y el lapso fatal de tiempo que se reducía, próximo á espirar, Manuel Gonzalez cree sentir vagas hostilidades de parte del General Diaz, cuya figura va destacándose cada día más clara ante su propia figura como un sol que nace ante una luna menguante. . . . Y algo se traslució luego de entrevistas íntimas en que el General Diaz rompió bruscamente ante Gonzalez las antigüedades de su actitud, le expresó sus discrepancias respecto de un contrato cuyo fondo bueno, el pago de una deuda, estaba pervertido por el impuro agente del lucro personal y le invitó á una revocación ó por lo menos á un aplazamiento que permitiera la purificación del contrato y calmara las legítimas indignaciones. . . . Y no faltó quien en tales momentos viese á Manuel Gonzalez levantan-

tar su mano crispada para mesarse los cabellos, debatirse en sus habituales convulsiones nerviosas y exclamar gruñendo y resoplando: "¡No! ¡no es posible! . . . Retroceder es mi ruina, mi deshonra ante los tenedores. . . . Es preciso llevar adelante este negocio. Si se hunde, me hundiré yo; pero vosotros os hundireis también, y nada me importa arrastrar con nosotros al país entero!" . . . Bien pronto este arrebató se disipa como todas las cóleras de aquel hombre tanto más pasajeras cuanto más intensas. La gritería del motín llega á sus oídos como el zumbido de una horrible pesadilla y una reacción súbita se produce en su ánimo precisamente dos días después del en que tuvo lugar la sesión borrascosa antes descrita. . . . En la sesión del 20 de Noviembre una *proposición suspensiva* de la discusión y votación del contrato de la deuda, es presentada á la Cámara y aprobada en masa por los diputados cuya mayoría hizo un cuarto de conversión hácia las filas triunfantes de la minoría, obedeciendo á un signo militar de Manuel Gonzalez.

Se celebró en México aquella revocación disfrazada bajo las formas de aplazamiento como un

gran triunfo del pueblo y una derrota del Gobierno. Se iluminaron las casas con farolillos izados ó suspendidos en los balcones; el pueblo bajo de los barrios apartados y de los pueblecillos circundantes acudió al centro de la ciudad, al ruido de los gritos de triunfo, como á una romería política de que no se daba cuenta exacta, y los jóvenes de las escuelas declarados héroes desfilaron por las calles principales de la ciudad en una procesión que las damas saludaron desde los balcones con lluvia de flores. . . . Todo lo dejó hacer Manuel Gonzalez quien, en los momentos del público regocijo, cuidaba de retirarse cautelosamente á alguna de sus habitaciones, especie de aduares poblados de las delicias y sueños del Oriente. . . . Sólo por una manifestación no quiso pasar: la de que se repicaran las campanas de las torres. Moribundo de la política y del honor, parecía horrorizarse del toque de campanas como de los dobles de su agonía. . . . "Nada de repiques" fué su última consigna al Gobernador del Distrito, Rivas, y al oficial mayor de guerra, Montesinos; y los estudiantes y el pueblo bajo disgustados por la falta de ese sonoro apéndice á sus manifestaciones

de alegría, se arremolinan en la noche del 21 de Noviembre al pié de la escalinata que da entrada á la escalera de una de las torres de la Catedral. Piden repicar, lo piden á un cura y al campanero que se niegan á darles acceso á la torre a pesar de una *licencia* no muy clara arrancada por los estudiantes al Gobernador Rivas. Tropas numerosas como las ántes acantonadas frente á la Cámara, llegan y se esparcen alineadas por el atrio de la Catedral y la plaza de la Constitucion.... La muchedumbre alborotada se pregunta si todo aquel aparato guerrero tiene por objeto impedir los repiques, y grita inocentemente reclamando el ruido de las campanas como un niño que se irrita y desespera al sentirse privado del estrépito alegre de su sonaja.... De repente se oyen tiros disparados aturdidamente por gendarmes sobre la multitud que grita y ondea. Un hombre de condicion pacífica y humilde, músico que venia de tocar el salterio en una barraca de pequeños espectáculos levantada junto á la Catedral, cae en tierra herido mortalmente y atravesado por bala de rifle. La multitud maldiciendo y llorando recoge al hombre ya cadáver, le amortaja envolviéndole en una fra-

zada, le tiende sobre la tablazon de una puerta arrancada de entre los escombros de una casa próxima en derribo y avanza hácia la casa del Gobernador del Distrito en procesion silenciosa encabezada por el cuerpo tendido y llevado en hombros como si fuera el giron sangriento de sagrado estandarte. Llegado el cortejo ante la casa del Gobernador frente á la Alameda, tiende el cadáver al borde de la acera y se pone á gritar: "¡venganza!" La gendarmería de á caballo ó guardia rural tiene la saña inconcebible de cargar varias veces sobre aquella multitud obligada á golpes de sable á abandonar por momentos el cadáver en torno del cual se vuelve á agrupar semejante á una gran familia que se esfuerza en cumplir, desafiando á la fuerza, sus últimos deberes ante los restos de un deudo ultrajado y querido... Un coche escoltado por una guardia de gendarmes del ejército llega de pronto hendiendo la multitud. Se reconoce luego en él al coche presidencial, y un jóven obrero se lanza á la brida de un caballo con intencion de detenerlo. El cochero, un negro de cuerpo y alma saca su revólver y hace fuego sobre el jóven imprudente hiriéndole en una pierna. Al mismo tiempo, se

abre la portezuela del coche detenido un momento, y de él sale Manuel Gonzalez, se dirige á los grupos más inmediatos con ademanes y palabras propios para captarse la benevolencia de nuestro pueblo bajo siempre humilde, y los grupos por toda respuesta le muestran el cadáver del asesinado. Hay situaciones en que el espectáculo de la muerte llega al alma produciéndole una revolución amarga de sentimientos y de ideas. En la situación de extrema excitación nerviosa de Manuel Gonzalez, aquel cadáver; no le afectaría más que todos los que había visto y hecho el mismo en su vida de guerrilla y de campaña? Un individuo vivo puede representar una clase que vive; un hombre muerto puede ser visto como una clase, como todo un pueblo que muere. Manuel Gonzalez tenía en aquel muerto el espejo de su obra. Lo vió y subió precipitadamente al coche, dando orden al cochero de partir de prisa. Cuando se alejó parecía huir de un remordimiento.

Llega entre tanto la última semana de Noviembre, y Manuel Gonzalez, presa de sus propios estremecimientos, despechos, rabias, y de las sugerencias ambiciosas del grupo que le rodea, se aga-

rra al poder con la tenacidad de un desesperado cuyos ojos miden la profundidad espantosa de su caída.... La idea de matar al General Diaz le vuelve á turbar como una mosca zumbadora que girara persistentemente al rededor de su cabeza. Ese hombre es el único que impone un "hasta aquí" á su dominación. Suprimido él, se siente Manuel Gonzalez dueño absoluto del país. El ejército no le tendrá más que á él por jefe supremo, y los acantonamientos militares esparcidos por todos los Estados están bajo el mando de gobernadores hechuras suyas y por tanto fieles.... Va de la idea á la ejecución callandito y en la sombra.. Todas las noches, entre 9 y 10, suele el General Diaz pasar en coche por el *Mirador* de la Alameda, punto intermedio del trayecto de la casa de la familia de su esposa á la suya propia. Se ordena que la luz eléctrica desaparezca de los fanales establecidos en ese punto, se sitúa una patrulla de caballería para que haga fuego sobre el coche, á favor de una emboscada en la sombra de la noche aumentada por la arboleda.... Todo estaba allí dispuesto para matar oportuna y certeramente, y sólo un golpe de sagacidad del General pudo des-

cubrir el plan y hacerle fracasar gracias á una interpelacion franca al Gobierno sobre la significacion de aquellas luchas extinguidas y aquella patrulla en acecho. Sin embargo, las voces tentadoras seguian diciendo al oido de Gonzalez "mátale!"—"Pero ¿dónde?—En cualquier parte, en su propia casa, si es preciso." Y un complot se organizó para matar al General Diaz en el tumulto de un motin simulado. Se pagarian léperos verdaderos ó disfrazados que gritaran "muera" en torno de él en el momento de salir de su casa ó de atravesar en su carruaje. La tropa intervendria disparando balas con tal aturdimiento que una ó alguna de ellas irian á alojarse en el cuerpo del General. . . . ¿y luego? . . . y luego, con el apoyo de toda la fuerza armada y á favor de lo extraordinario y crítico de las circunstancias, se daría *el golpe de Estado*, erigiéndose la dominacion de Manuel Gonzalez en dictadura indefinida. . . . Así soñaba, ó más bien, así deliraba aquel grupo de foragidos en el poder, é iba del delirio á la obra con la premeditacion y alevosía de los grandes criminales. Ponia en pié de guerra toda la guarnicion de México y concentrada en el Palacio una

fuerza considerable, teniéndola dia y noche sobre las armas. Al General Diaz le llegaban avisos reveladores de la infame trama y no dijo ni hizo nada. Pareció dirigir todo su empeño á desentenderse del peligro que le amenazaba. En posicion semejante á la de un hombre que se encuentra de repente sobre un precipicio, sin otro punto de sustentacion que la estrecha viga en que se posan sus piés, comprendió instintivamente que su salvacion y su triunfo estaban en el reposo y la inaccion. Sin necesidad, sin embargo, de exponerse locamente al peligro que afecta desconocer, se está en su casa y no sale de ella. . . . Una mañana de las postreras de Noviembre, un hombre en ciertas relaciones de privanza con Manuel Gonzalez y de amistad con el General Diaz, se presenta en la casa de éste, anunciándole que ese mismo dia se ha resuelto atacarle aún con violacion del domicilio y le interroga sobre si quiere tropa para rechazar el ataque cuya procedencia [directa deja en una misteriosa indeterminacion. El General comprende que se le quiere hacer salir de su casa y que se le ofrece fuerza para preparar, tras el atentado, la justificacion del Gobierno que busca tranquilidad

para su conciencia turbada en la esperanza de lavarse las manos en la sangre. Pero sin traicionar por ningún signo de alarma la actitud pasiva que se ha impuesto, el General acepta con la mayor simplicidad el socorro ofrecido. No pide más que veinticinco hombres, y que venga lo que ha de venir. . . . . Esta seguridad sentida ó afectada, desconcertó á los criminales. Frente á ella Manuel Gonzalez experimenta la desconfianza de sí propio y de su partido. . . . . El *golpe de Estado* acaba por parecerle un proyecto insensato que desecha como desecha un febricitante el sueño que le ha atormentado durante el delirio, y al fin se resigna á dejar tranquilamente el poder. . . . . Todavía se le ve, sin embargo, recorrer el Palacio, centro y prènda de su dominio espirante, con la agitacion con que un amante recorriera la mansion de amores idos que no volverán. Su alma goza en replegarse por última vez en los rincones, escaleras de excusa, pasadizos cubiertos, aposentos misteriosos donde se han preparado ó desarrollado tantas escenas íntimas que tan bien han saciado sus más fantásticas ambiciones de guerrillero y revolucionario. En su dolor por dejar para siempre la ve-

tusta finca, se resuelve á agotar sus riquezas por alguna última exaccion que haga las veces de estrecho abrazo de despedida. Ve la Tesorería exhausta, vacías sus arcas selladas con las huellas vandálicas de los D. Garcías, ve las prensas y prensistas del *timbre* fatigados de producir estampillas que se estancan sin salida á fuerza de su sobreabundancia, ve las máquinas de acuñacion del níquel rezagadas como muebles inútiles, ocultos en oscuro recinto con el cuidado que ponen los malhechores en esconder la ganzúa, el puñal, el troquel falso y demás instrumentos infamantes, y, desviando sus ojos de todos esos veneros agotados, los vuelve hácia una oficina adyacente al cuerpo principal del Palacio, con puerta exterior hácia la calle lateral de la Moneda. Es la Direccion general de Contribuciones. . . . Un dia ántes de dejar el poder (el 29 de Noviembre) manda Manuel Gonzalez á su ministro de Hacienda á la oficina aquella con órden de apoderarse de los fondos en ella existentes. Los empleados resisten al ministro como á un asaltante y le reciben á golpe de tintero; pero el ministro se obstina, sale por el balcon gritando á la guardia de la puerta: "soldados

á mí; yo soy el ministro de Hacienda," y la guardia llega en su auxilio, corren ó se rinden los empleados ante esa apelacion á la fuerza armada, y el ministro se lleva en su coche hácia Palacio sacos de numerario por valor de *nueve mil pesos*... Por último, Manuel Gonzalez lleva su amor al Palacio hasta adherirlo á artículos de mueblaje y de *comfort*. Se recoje en la casita presidencial de la calle de la Moneda, la desamuebla y destartala... y por fin, por fin, sale de ella, sale del poder dignamente haciendo arrancar, para llevárselos á su habitacion privada, ciertos apéndices de porcelana inglesa empotrados en lugares que es excusado nombrar.....

## EPILOGO.

Así gobernó aquel hombre cuyo programa de gobierno formulado en solemne *manifiesto* contenia juramentos de "honradez administrativa," "integridad en el manejo de las rentas públicas," etc., etc. Que el financiero y el estadista calculen y resuman en cifras la cantidad de mal que produjo, representado por lo que ese hombre dió á su codicia y á la de su grupo de adláteres y quitó á la prosperidad de su país. Que amontoren los millares de subvenciones y gajes á favoritos y agentes, los dos millones del níquel, los tres millones de la colonizacion, los treinta millones de la amortizacion fraudulenta del papel de la deuda pública, que añadan á eso el estado de bancarrota en